

## **Los nuevos movimientos sociales y los nuevos escenarios socio políticos de Chile y América Latina**

**Mario Garcés D.<sup>1</sup>**

La política chilena y latinoamericana se ha visto fuertemente interrogada luego de los sucesivos triunfos de la derecha política en elecciones presidenciales recientes, Piñera en Chile en 2017 y Bolsonaro en Brasil, en 2018. Para quienes, como el autor de este artículo, trabajamos tanto práctica como teóricamente con movimientos sociales, esta nueva situación, de fortalecimiento de alternativas de derecha nos interpela en diversas direcciones, por una parte, a propósito del lugar y el valor político de los “nuevos movimientos sociales” así como, por otra parte, sobre el nuevo escenario en que éstos se están desarrollando. En consecuencia, lo que aquí proponemos es una reflexión muy abierta sobre ambos problemas como una invitación para pensar en los modos y los contenidos de las luchas emancipatorias, especialmente en Chile aunque con algunas observaciones más generales sobre América Latina.

Nuestra primera hipótesis, que surge en el contexto de actividades formativas y de intercambio (talleres, encuentros) que venimos promoviendo desde ECO (Educación y Comunicaciones) desde 2016<sup>2</sup>, es que estamos asistiendo a un nuevo *ciclo histórico* de acciones colectivas.

Este nuevo ciclo se caracterizaría, por una parte, por la declinación, invisibilización o *estado de latencia* de los que podemos denominar movimientos históricos en Chile: el movimiento obrero, de campesinos y de pobladores. El de los estudiantes, que cuenta con larga tradición sería la excepción, en cuanto se mantiene muy activo, aunque sin la fuerza de su irrupción y sus demandas de los años 2006 (la denominada “revolución pingüina”) y 2011-2012 (las movilizaciones por una “educación gratuita, pública y de calidad”). Por otra parte, han emergido y entrado en escena tres “nuevos” movimientos con gran energía y en algunos casos con persistente o creciente presencia pública: el movimiento mapuche; el feminismo; y, los movimientos socio ambientales. Otros movimientos se encuentran en zonas intermedias, por ejemplo, los *movimientos territoriales en regiones*, que por su

---

1 Historiador, profesor de la Universidad de Santiago de Chile y Director de ECO, Educación y Comunicaciones.

2 Desde 2014, pero con más sistematicidad desde 2016, ECO ha desarrollado talleres anuales con profesores, comunicadores de radios comunitarias y organizaciones feministas. Paralelamente encuentros y dos ciclos formativos y de intercambios sobre movimientos sociales en Chile y América Latina. Ver Revista Cal y Canto (segundo época), números 1 al 4 en [www.ongeco.cl](http://www.ongeco.cl)

carácter episódico, entran y salen de la escena y de la agenda pública: Punta Arenas, Aysén, Freirina, Chiloé, entre los más importantes en la última década.

### **Los movimientos sociales históricos**

Declinación y emergencia son categorías relativas, ya que por ejemplo, el movimiento obrero fuertemente debilitado, tanto por razones estructurales (los cambios en el modelo de desarrollo que se verificó en dictadura y la legislación neoliberal correspondiente) como por razones de tipo organizativo y político (la convivencia de distintas y en algunos casos burocratizadas Centrales Sindicales) se trata de un sector social visiblemente transformado en el tiempo reciente, con episodios de movilización sectorial importantes (forestales, subcontratistas del cobre, salmoneros), pero con débil continuidad en el tiempo. En rigor, el movimiento obrero chileno, que fue una referencia obligada para comprender la historicidad de los movimientos sociales del siglo XX chileno, sufrió los mayores efectos, primero de la represión y luego de la desindustrialización provocada por la dictadura, y más ampliamente, hacia fines del siglo XX, por los efectos del nuevo capitalismo post fordista<sup>3</sup>, transnacional, globalizado y neoliberal que se impuso en Chile y América Latina. Como veremos más adelante, ya no se trata de un “capitalismo genérico”, con orientaciones keynesianas, sino de un nuevo ordenamiento del gran capital que en nuestro país transformó estructuralmente la sociedad y el lugar y la gravitación del trabajo asalariado de tipo industrial y también del sector de servicios, tanto públicos como privados. En este nuevo contexto, el análisis de la clase obrera y en un sentido más amplio de la “clase trabajadora” chilena se ha vuelto complejo, tanto por su diversificación y convivencia de trabajos formales e informales, como por las dificultades para organizar sindicatos (que no superan el 12% o 14% de los trabajadores en la etapa de la transición) así como por una legislación restrictiva que hace del trabajo una “mercancía” desprotegida y débilmente regulada (lo que eufemísticamente los neoliberales denominan “flexibilización del mercado laboral”).

El movimiento campesino, que alcanzó gran desarrollo a fines de los años sesenta, en medio de la Reforma Agraria y la sindicalización campesina, vivió en la dictadura los mayores efectos de la represión y del proceso de *contra reforma agraria*<sup>4</sup> que no solo devolvió parte de las tierras expropiados a sus antiguos dueños, sino que preparó las condiciones para el desarrollo de una nueva fase de capitalismo agrario que con los años

---

3 Se denominó fordismo a la producción en línea y de tareas repetitivas y especializadas que introdujo Ford en la industria automotriz norteamericana. Al mismo tiempo se establecía una relación entre producción y consumo que estimulaba el poder adquisitivo de las masas. El post fordismo, en cambio, elude la legislación social estableciendo industrias en áreas donde se pueda producir a bajo costo, enfatiza en la tecnología y en los tipos de consumidores, generando una nueva división internacional del trabajo.

4 Hugo Vilella. La contra reforma agraria. Saqueo y exterminio de la clase campesina chilena, 1973 – 1976. Manuscrito inédito.

potenció el surgimiento de una burguesía agraria debidamente transaccionalizada que expandió el negocio de las frutas, el vino y las forestales y que transformó a grandes masas de campesinos en pequeños productores empobrecidos y en trabajadores temporales. Con todo, algunos sectores lograron resistir recreando economías campesinas locales y nuevas asociaciones, especialmente de mujeres temporeras.

Finalmente, en el caso de los pobladores, que alcanzaron un alto protagonismo en la lucha por la vivienda y por la creación de los barrios populares entre los años cincuenta y sesenta, en dictadura, fueron los más activos en la multiplicación de experiencias de solidaridad social dando lugar a nuevas formas de asociación (Comedores Populares, Bolsas de Cesantes, Centro de Apoyo Escolar, Grupos juveniles y Culturales) y en la protesta social en los años ochenta. Sin embargo, no lograron recrear horizontes políticos compartidos suficientes y la transición a la democracia –de sesgos centristas, partidocráticos e institucionales que se articuló y proyectó luego de las derrotas de la izquierda<sup>5</sup>- obturó los procesos de aprendizaje político que pudieron haber contribuido a democratizar la vida social de los territorios populares y los gobiernos locales. El resultado, es que hoy predominan en los barrios y poblaciones periféricas de nuestras grandes ciudades el consumo, las políticas públicas compensatorias y el narcotráfico. Aun así, han persistido agrupaciones sectoriales (Movimiento de Pobladores en Lucha; UKAMAU) y están emergiendo nuevas agrupaciones –en distintos lugares del país, especialmente en el norte, en ciudades como Antofagasta- que vuelven sobre los problemas de la vivienda popular en un contexto nuevo, dominado por las empresas inmobiliarias y una débil capacidad para influir sobre las políticas de vivienda que controla y administra el Ministerio de la Vivienda y Urbanismo (MINVU).

En suma, es posible sostener que se ha verificado en Chile un triple debilitamiento de movimientos sociales históricos, que no necesariamente desaparecen, sino que perviven en *estado de latencia* en el sentido que se *recrean* bajo las nuevas condiciones económicas, sociales y políticas de una sociedad radicalmente transformada en los últimos 40 años. Con la noción de latencia queremos llamar la atención sobre la historicidad de los movimientos sociales, en un doble sentido, por una parte, que hasta solo unas décadas, se trataba de movimientos que articulaban y otorgaban sentidos colectivos a vastos sectores populares chilenos en luchas fundamentales: la dignidad del trabajo y el rechazo a la explotación, las disputas por la tierra y la cultura popular campesina y mapuche; la vivienda digna y un protagonismo de base en la constitución de la ciudad y la vida social en los territorios. La

---

5 La Izquierda política chilena radical, que resistió y sobrevivió a la dictadura, en los años ochenta, puso en práctica orientaciones y estrategias de “guerra popular” (MIR) e insurreccionales (PC), que animaron a importantes sectores populares, especialmente pobladores y estudiantes. Estas orientaciones colapsaron hacia fines de los ochenta en medio de la represión y de sus propios límites políticos, lo que despejó el camino para que se hiciera hegemónica en la Oposición a los militares los sectores del centro político (especialmente a DC) y sectores socialistas, que habían iniciado un proceso de “renovación” –a principios de los años 80- que los llevó a distanciarse, sino abjurar, de su pasado socialista y hacerse funcionales al proceso de transición institucional a la democracia.

experiencia histórica o mejor aún, la historicidad de estos movimientos sociales configuró, en gran medida, la historia social y política del siglo XX chileno.<sup>6</sup> Por otra parte, por más fundamentales que hayan sido los cambios en la sociedad, trabajadores, campesinos y pobladores siguen siendo –con todas sus modificaciones– los principales grupos sociales populares en Chile y en sus memorias laten las temporalidades de ayer y de hoy, lo viejo y lo nuevo, o dicho de otro modo “la provisoriedad de los tiempos”<sup>7</sup>

### Los “nuevos” movimientos sociales

La emergencia de “nuevos” movimientos, a que hemos hecho referencia, es también relativa, ya que todos ellos son portadores de largas tradiciones y de sus propias memorias. Por ejemplo, el movimiento feminista actual se reconoce como una “tercera ola feminista” teniendo en cuenta el sufragismo de los años cuarenta y el movimiento de mujeres en dictadura; el movimiento mapuche, tiene por cierto una larga tradición, pero a partir de los años ochenta inició un nuevo ciclo de mayor autonomía de los partidos políticos chilenos y con mayor énfasis en sus demandas como “pueblo-nación” y desde 1997 (intervención de la Corporación Nacional Indígena, CONADI y quema de camiones en Lumaco, en la Región de la Araucanía) inició una nueva fase más diversificada y radicalizada en sus luchas; finalmente, los movimientos socio ambientales comenzaron a surgir en dictadura y se han visto reforzados en la misma medida que el “modelo extractivista” ha puesto en evidencia los daños al medio ambiente y a diversas comunidades locales. En suma, mapuche, feministas y ambientalistas son movimientos nuevos, pero con su propia historicidad y temporalidad.

Podríamos seguir abundando sobre las novedades que representan estos nuevos movimientos, tanto en términos de los sujetos que se movilizan, los temas que instalan y los problemas de proyección política que enfrenta cada uno de ellos. La pregunta previa, sin embargo, que parece pertinente formular es si estamos en medio de una nueva constelación social y política, que da cuenta de nuevas contradicciones fundamentales del capitalismo globalizado, o si se trata, más simplemente, de un nuevo ciclo de acción colectiva de carácter local, en el actual contexto neoliberal chileno.

Esta es, por cierto, una pregunta difícil de responder, ya que nos introduce necesariamente en los cambios que se han venido verificando en el nuevo capitalismo globalizado; las derrotas de la izquierda y del otrora “campo socialista”, la declinación de los denominados “gobiernos progresistas” en América Latina, y más recientemente, la crisis de “la política” afectada por diversos procesos que interrogan su relación con la sociedad, especialmente a

---

<sup>6</sup> He trabajado esta mirada al siglo XX en: *El despertar de la sociedad: Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. LOM Ediciones, 2012. Ver en particular, capítulo IV, Los movimientos sociales en el siglo XX chileno. Pp. 73 y ss.

<sup>7</sup> Tomo libremente esta expresión de los comentarios de Hugo Vilella a este texto.

propósito de la corrupción, que alcanzó un punto culminante en Brasil abriendo paso a propuestas autoritarias y con rasgos fascistoides.

Se podría sostener que el actual capitalismo globalizado, bajo creciente hegemonía neoliberal, marca la tónica del tiempo actual, en el cual Chile es un ejemplo avanzado y en cierto modo, un modelo para la región. En el caso chileno, la contraparte del modelo de capitalismo neoliberal no se constituye con claridad, en la misma medida que la izquierda dejó de ser una referencia política significativa en el proceso de transición a la democracia. Los procesos de recreación y rearticulación de una propuesta alternativa al neoliberalismo, tanto en el campo social como político, han sido lentos, trabajosos y si bien tienen expresión en los “nuevos movimientos sociales” así como en nuevas articulaciones políticas—como el Frente Amplio- están lejos aún de representar una “alternativa política nacional”.

En el campo regional —de América Latina- la situación se ha vuelto más confusa en los últimos años, luego de que la derecha recuperó terreno y se ha constituido en alternativa política en Argentina, Brasil, y con variados matices en Ecuador, Perú, Paraguay y Colombia. Venezuela quedó aislada y cercada por la derecha latinoamericana; Nicaragua entra en una fase de regresiones autoritarias y los países centroamericanos ven comprometidas sus economías y sus formas políticas bajo regímenes francamente corruptos e ilegítimos, como Honduras, tanto más compleja es la situación de Guatemala e incluso Costa Rica, que vive bajo creciente presión neoliberal. En suma, el panorama, al menos coyuntural, no es para nada alentador para los movimientos progresistas y populares en América Latina. La excepción podría ser Bolivia, pero hay que admitir que se trata de una excepción relativa, en el sentido de las tensiones entre la racionalidad estatal y la de los movimientos sociales.

### **Los actuales condicionamientos históricos**

Pienso que hay al menos cuatro campos de análisis y debates en la actual fase histórica, tanto chilena como regional, que se relacionan con los datos económicos estructurales; los cambios político institucionales; las nuevas ideologías conservadoras así como las nuevas formas y contenidos de las luchas políticas emancipatorias.

- (a) El actual capitalismo globalizado redefine la posición y la inserción de América Latina en la economía mundial, generando un nuevo cuadro de dependencia “neocolonial” con relación a los países del norte y a las grandes empresas transnacionales. La denominada “financierización” del capitalismo otorga al capital financiero una posición hegemónica con capacidad de reorganización de las economías periféricas, que se vuelven especialmente atractivas como productoras de materias primas, en particular en la minería y los agronegocios. Esta reorganización debilita, sino inhibe los procesos de industrialización locales, refuerza el comercio internacional y el “libre comercio” (mediante diversos tratados) e instala un modelo

“extractivista” como alternativa económica para América Latina. Este es un proceso actualmente en curso, relativamente consolidado en algunos países y en otros forma parte de las agendas de la nueva derecha

- (b) Los estados latinoamericanos vienen sufriendo diversas transformaciones desde la época de las dictaduras, que las transiciones a la democracia en algunos casos modificaron y en otros acentuaron un proceso de *re funcionalización* del Estado al nuevo orden mundial globalizado y neoliberal. Los cambios y adaptaciones del Estado son, por cierto, variables, ya que si bien a fines de los ochenta se imponía el denominado *consenso de Washington*,<sup>8</sup> esta tendencia fue resistida por el ciclo de gobiernos progresistas, especialmente en Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia y Venezuela. Sin embargo, y más allá de los rendimientos económicos y sociales del progresismo, éste convivió con los cambios estructurales, por ejemplo, con el extractivismo, y en su actual declinación se han fortalecido las tendencias neoliberales que hoy dominan el continente, reactualizando la agenda neoliberal, que entre otros busca modificar el Estado. La re funcionalización del Estado al nuevo orden mundial para nuestros países se ha traducido en un conjunto de tendencias y ajustes que se orientan a: 1.- Una reducción de las funciones sociales del Estado (el gobierno de Temer en Brasil, luego de la destitución de Dilma Rousseff congeló por 20 años el gasto social); 2.- La emergencia de un conjunto diverso de estrategias de contención de la pobreza, que no afectan al modelo ni modifican las desigualdades, sino que actúan sobre la *sobrevivencia amenazada* de los pobres; 3.- Modelos de democracia representativa, que si bien favorecen algunas formas de participación y descentralización, tendencialmente fortalecen el papel de los partidos políticos como actores o sujetos de la *gestión en el Estado* con evidente distancia de la sociedad civil o de las bases populares (una suerte de partidos políticos para la gestión más que para la representación y la movilización de la sociedad, lo que deriva en la necesidad de alianzas, validación de la “razón estatal” y a juzgar por la experiencia de Argentina, Brasil, Chile y Perú, inevitablemente estimulan la corrupción de los políticos.<sup>9</sup>); 4.- La prioridad de la gobernabilidad como meta política que asegura la inversión y consagra diversas formas de exclusión o control de los movimientos populares (la forma más extendida de los estados neoliberales es la criminalización de la protesta social)
- (c) Un campo analítico, tanto más complejo es el de las ideologías y el de las “luchas ideológicas”. Complejo porque más allá de los límites de la metáfora marxista de la infraestructura (o base material) y la superestructura es evidente que alguna relación es necesario establecer entre las formas de la vida material y las formas de

---

8 Sistemática agenda neoliberal de fines de los años ochenta

9 Como alguna vez escuché decir a una analista brasileña, “las tentaciones de palacio”, pero más en profundidad habría que decir, el predominio del mercado sobre el Estado o la subsunción del Estado en el mercado.

representación que se configuran en el campo de la conciencia social. El problema en el capitalismo globalizado tiene variadas aristas, una de las cuales se relaciona con la emergencia de lo que Hobsbawm llamó el desarrollo, a fines del siglo XX, de una suerte de *individualismo asocial*. El individualismo, sabemos, es consustancial al capitalismo, y se ha expresado de diversos modos en su historia. Pareciera que en la actual etapa del capitalismo latinoamericano, éste toma forma especialmente en el consumo y pautas de consumo que se hacen extendidas y populares. La más común es tal vez el modelo aspiracional de nuestras nuevas clases medias y de segmentos populares, que se expresa en la propiedad de una vivienda en un barrio protegido, el automóvil, la ropa de “marca” y los viajes de vacaciones al extranjero. Estas pautas de consumo son al mismo tiempo pautas de estatus social. La expansión de la tarjeta de crédito y las nuevas aplicaciones de los celulares atienden eficientemente estas nuevas formas de consumo y de conductas sociales, favoreciendo en muchos casos un evidente endeudamiento de los grupos indicados.

El problema, sin embargo, tiene más aristas, tanto más complejas, por ejemplo, la contraparte de individualismo asocial es el debilitamiento de los proyectos de cambio colectivos, el mayor de todos, el colapso del socialismo como sistema social alternativo al capitalismo, pero también en América Latina, el distanciamiento de la política como gestión estatal, respecto de la sociedad, o dicho de otro modo, la distancia entre lo social y lo político.

Recientemente, la experiencia brasileña, pero no es el único caso, ha llamado la atención sobre las ideologías conservadoras de las Iglesias Evangélicas, que aseguraron el triunfo del candidato neofascista Jair Bolsonaro. Se sostienen estas nuevas ideologías en valores regresivos bien precisos, por ejemplo, el rechazo al feminismo (o como ellos lo denominan, las “ideologías de género”); el temor a la inmigración (y los contenidos racistas que lo acompañan), pero también lo que se ha denominado una “teología de la prosperidad”. Este modelo “popular” no es el mismo que el de las clases medias, pero cuentan con eficientes bases comunicantes con relación al consumo y el mercado.

En suma, se podría sostener que a mayor debilidad de proyectos colectivos más se fortalece el individualismo, que, por otra parte refuerza las alternativas políticas conservadoras (Argentina, Perú, Chile, Colombia y Brasil en las últimas elecciones), amén de que el *poder de seducción* del mercado atenta en contra de las tradiciones comunitarias de los sectores populares.

- (d) El nuevo cuadro económico, social y político, ha influido significativamente en la configuración de nuevas contradicciones y tensiones sociales así como en la emergencia de nuevos sujetos y nuevas orientaciones para la acción colectiva y de proyectos políticos emancipatorios. No obstante, en América Latina, este es un campo siempre diverso, heterogéneo y que no se deja atrapar en las categorías clásicas de los países centrales del capitalismo, de tal modo que si bien el marxismo

—en sus diversas tendencias— y más tardíamente la socialdemocracia han sido corrientes importantes en las luchas políticas, más relevante históricamente fue el *populismo latinoamericano*, que reemerge una y otra vez por más que se le estime superado.

La reorganización de la derecha pareciera obturar, por ahora, todas las alternativas clásicas, tanto las provenientes del marxismo, la socialdemocracia y la de los populismos de izquierda. Este es un dato sobre el que hay profundizar el análisis ya que es revelador de límites de estas propuestas políticas, en particular, las que se vinculan con el tipo de relación dependiente o de control que tienden a generar con las clases populares así como por su fijación en el Estado que no las libera de los fenómenos de la corrupción (el PT brasileño es el caso más reciente).

En un sentido más amplio, las propuestas emancipatorias de América Latina comparten con otras regiones de Occidente los efectos de la crisis del socialismo como alternativa al capitalismo y más todavía la “crisis de futuro” que se ha extendido en el mundo occidental, que hoy toma formas en la globalización y las disputas en el comercio mundial (USA en contra de China) y la guerra (en particular en Oriente Medio y las conductas amenazantes de la OTAN en contra de Rusia). El “fin de la historia”, en este sentido, proclamado en los noventa admite dos lecturas: el triunfo del capitalismo, pero también el de los límites del capitalismo como alternativa deseable para la humanidad.

Tal vez, América Latina, en medio de sus desventajas, cuenta con una ventaja, que el capitalismo nunca logró superar las desigualdades ni la dominación de minorías sobre mayorías sociales, con sus extendidas secuelas de pobreza, exclusiones, clasismo, racismo y patriarcalismo. Desde este punto de vista, la historicidad de nuestros pueblos está signada por sus *luchas de liberación*, que son las luchas por la superación de los diversos modos de dominio y subalternización. La popularidad de las alternativas revolucionarias, luego de la revolución cubana, de la Teología de la Liberación, la Educación Popular y de los movimientos sociales en el último tercio del siglo xx son todas tendencias expresivas de estas luchas.

El punto de partida para repensar alternativas políticas emancipatorias no puede ser sino la experiencia histórica de nuestros propios pueblos, lo que supone, entre otros, reconocer y valorar esas experiencias, repensar el papel de los intelectuales, en su capacidad para generar conocimientos desde y con las clases populares así como la puesta en práctica de las articulaciones políticas necesarias para recrear horizontes políticos colectivos. Como ha indicado Valdimir Safatle, desde Brasil, para la Izquierda implica no renunciar a tres orientaciones fundamentales: la defensa radical del igualitarismo; la soberanía popular, y, el derecho a la resistencia.<sup>10</sup>

---

10 Vladimir Safatle. *La izquierda que no teme decir su nombre*. LOM Ediciones, Santiago, 2014



## Nuevos sujetos y nuevos desafíos de la acción colectiva

Volviendo ahora sobre nuestras proposiciones iniciales, consideremos qué novedades representan los nuevos movimientos sociales mapuche, feministas y socio ambientales. Ya adelantamos que comprometen a nuevos sujetos, nuevas temáticas así como viejos y nuevos problemas de proyección política.

Desde el punto de vista de los nuevos sujetos involucrados –como hemos sostenido en la Revista Cal y Canto de ECO-<sup>11</sup> hay una visible presencia juvenil, especialmente de activistas y profesionales jóvenes, que se desenvuelven en el ámbito de comunidades locales, algunos medios de prensa alternativos, las denominadas “redes sociales” así como colectivos, asociaciones y coordinaciones universitarias. Tanto mapuche como ambientalistas tienen fuertes arraigos locales en sus respectivas comunidades, la mayoría de ellas alejadas de Santiago, lo que por cierto influye en el impacto de sus acciones en el nivel nacional. Sin embargo, por otra parte, estos movimientos revaloran y otorgan nuevos sentidos políticos a la noción de *territorio*, que se constituye en una nueva categoría política. Así por ejemplo, la “cuestión mapuche” dejó de ser simplemente el acceso a la tierra, sino que se ha venido transformado en avanzar sobre el *control territorial* como pueblo nación. Por su parte, los movimientos socio ambientales han alcanzado desarrollo a lo largo de la geografía nacional, tanto así que el Instituto Nacional de Derechos Humanos reconoció en 2012, la existencia de 97 “zonas de conflicto ambiental” de norte a sur del país (proyectos mineros, forestales, centrales termo eléctricas, usurpación de aguas, etc.), incluyendo las denominadas “zonas de sacrificio”.<sup>12</sup>

En el caso del feminismo, en 2017 y 2018, adquirieron la mayor visibilidad pública cuando alcanzaron la calle (Movimiento en contra de los femicidios como el *Ni una menos*) y promovieron marchas y “tomas feministas” de la mayor parte de la universidades del país, demandando el fin del abuso y el acoso sexual así como la necesidad de avanzar hacia una “educación no sexista” y cambios transversales en la cultura.

Por su parte, desde el punto de vista de las temáticas que instalan los nuevos movimientos, indicamos en la Revista Cal y Canto:

“Las feministas luchan en contra del patriarcado, el abuso, y el sexismo y la más radical modificación en las relaciones de género que reproducen la dominación de los hombres sobre las mujeres; los mapuche hacen visible el carácter colonial del Estado chileno y abogan por sus propias autonomías culturales y territoriales, por el fin del racismo y el clasismo así como por su reconocimiento como pueblo-nación y sus correspondientes derechos; los socio ambientalistas instalan sus propias temáticas, como la defensa del medio ambiente, el desarrollo sustentable y

---

11 Ver Cal y Canto (segunda época) N° 4, Agosto de 2018.

12 Ver en la red, Instituto Nacional de Derechos Humanos, Mapa de conflictos socio ambientales en Chile, 2012.

particularmente el “buen vivir” como propuesta de raíz andina y de nuestros pueblos originarios. La memoria, el enfoque interseccional (el impacto de las diversas dominaciones), la deconstrucción de las relaciones de poder, la necesidad de nuevas relaciones con el Estado son todas temáticas transversales a los nuevos movimientos sociales”<sup>13</sup>

Tres movimientos sociales y tres proposiciones fundamentales, que interrogan el conjunto del orden social: anti-patriarcalismo; descolonización; y, anti-extractivismo. El movimiento feminista al situar su lucha en contra del patriarcado y el patriarcalismo está denunciando no solo asimétricas relaciones de género, sino concepciones del mundo y de la vida, valores y prácticas que comprometen formas de dominación en el conjunto de la sociedad y con mayor intensidad a las mujeres pobres, indígenas, afrodescendientes, migrantes, trabajadoras y dueñas de casa. Desde este punto de vista el feminismo radical no solo es anti-patriarcal, sino que anticapitalista y nos convoca a *deconstruir* (someter a análisis, desmontar críticamente) nuestras relaciones cotidianas entre hombres y mujeres así como las relaciones de poder en las cuales somos constituidos y que inevitablemente naturalizamos – radicalmente los hombres- como relaciones sociales establecidas y ratificadas por el sentido común.

El movimiento mapuche, por su parte, al ganar en autonomía, denuncia y llama la atención sobre la relación colonial que el estado chileno ha establecido con su pueblo, relación colonial que no solo compromete la política de despojo de su territorio por parte del Estado chileno, desde la denominada “pacificación de a Araucanía” a fines del siglo XIX<sup>14</sup>, sino que en las actitudes y visiones de *inferiorización racial* que acompañan estas políticas.<sup>15</sup> En un sentido más amplio, muchos activistas sociales han incorporado la categoría descolonización, como crítica a la cultura latinoamericana dependiente y dominante, subordinada a visiones eurocentristas en el campo de ciencias sociales, la política, la economía, las relaciones con la naturaleza y la propia cultura popular. De este modo, la noción de descolonización no solo se relaciona con las demandas de los mapuche como pueblo nación, sino que con la necesidad de recrear miradas sobre nuestras propias *sociedades nacionales* fundadas en lógicas coloniales.

La crítica al extractivismo, que sostienen y levantan los movimientos socio ambientales hacen visibles los efectos de la actual inserción dependiente de América Latina en la economía mundial globalizada y neoliberal. Se trata de efectos directos sobre la naturaleza (despojo, abuso, daño ambiental) y sobre las comunidades locales que ven secarse los ríos, contaminadas las aguas, o intoxicado el aire que respiran.<sup>16</sup> Frente a estas nuevas

---

13 Revista Cal y Canto, op.cit., p. 5

14 Pablo Marimán, Sergio Caniuqueo, José Millalén y Rodrigo Levil. *¡...Escucha Winka...! Cuatro ensayos de Historia Nacional Mapuche y un epílogo sobre el futuro*. LOM Ediciones, Santiago, 2006.

15 Ver Claudio Alvarado Lincopi, “Movimiento Mapuche”. En Revista Cal y Canto N° 4, 2018. Pp. 11-16.

16 Recientemente en Chile, en Quintero, en la zona de Valparaíso, más 300 personas han sufrido intoxicación en diversos grados, como producto de la emanación de gases tóxicos que provocan las industrias ubicadas en

realidades, los movimientos ambientalistas estimulan la organización de las comunidades y el control y defensa de sus propios territorios (“control territorial”, “soberanía territorial” son algunas consignas de estos movimientos), estimulando el desarrollo de nuevas visiones sobre el desarrollo, el uso comunitario de las aguas, la agroecología, la soberanía alimentaria y el “buen vivir”.

Se trata, como se puede apreciar de temáticas de gran alcance histórico, aunque no logren por ahora una proyección que les permita configurar una alternativa política nacional. Sin embargo, como indicó Melucci, los movimientos sociales suelen actuar como profetas de su tiempo<sup>17</sup>, adelantando a la sociedad procesos de crítica y cambio social que inevitablemente deberán enfrentar.

### **La configuración de alternativas políticas**

La configuración de una alternativa política nacional al neoliberalismo en Chile será producto de las dinámicas de los nuevos movimientos sociales, pero no únicamente de ellos, ya que una alternativa nacional supone la confluencia de una diversidad de actores con importantes grados de articulación entre sí, así como con las formas políticas más tradicionales de carácter progresista.<sup>18</sup> Pero, más todavía, una propuesta de cambios políticos de alcance mayor, requiere de *cambios culturales* capaces de influir sobre mayorías sociales. En cierto modo, parafraseando a Gramsci, el cambio cultural precede al cambio político.<sup>19</sup> Este proceso que inevitablemente implica creación y producción intelectual no es un ejercicio separado de las prácticas sociales, sino que al contrario un

---

esa zona, denominada “zona de sacrificio”.

17 Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Ediciones El Colegio de México, 1999. Para Melucci, los movimientos, “Denotan una transformación profunda de la lógica y de los procesos que guían las sociedades complejas. Al igual que los profetas “hablan con anticipación”, anuncian aquello que está teniendo lugar incluso antes que su dirección y contenido sean evidentes (...) Los movimientos contemporáneos son profetas del presente. Lo que ellos poseen no es la fuerza del aparato, sino el poder de la palabra. Anuncian los cambios posibles, no en el futuro distante, sino en el presente de nuestras vidas; obligan a los poderes a mostrarse y les dan una forma y un rostro; utilizan un lenguaje que parece exclusivo de ellos, pero dicen algo que los trasciende y hablan por todos nosotros”. P. 10-11.

18 En el Chile de hoy, se verifican procesos sociales relevantes, como el la inmigración, que está transformando la geografía y la clase popular chilena; también movilizaciones masivas –como las que protagonizó en 2017 el Movimiento “No + AFP” con débil impacto aún en la estructura política. Paralelamente se verifican procesos políticos, como el que dio origen al Frente Amplio, que requiere de maduración y desarrollo especialmente en sus vínculos y relacionamiento con los sectores populares.

19 Gramsci, a propósito de su estudio de la historia italiana sostenía como criterio metodológico, que “la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como “dominio” y como “dirección intelectual y moral”, y agregaba, “Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental (ésta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder); después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante, pero debe seguir siendo también “dirigente”. A. Gramsci, Cuadernos de la Cárcel N° 19, *Risorgimento Italiano*. Ediciones ERA, México, 1999, Volumen 5, p. 387.

proceso que contribuye y colabora con las prácticas que emergen desde la sociedad civil en la que los movimientos sociales en América Latina, son fundamentales, sino determinantes.

Concordar horizontes de cambio cultural no significa renunciar a las luchas políticas inmediatas, que en muchos casos son urgentes, pero puede colaborar para enfrentar de mejor modo los viejos y nuevos problemas que deben resolver los movimientos sociales en Chile, en el campo de su proyección política.

Los nuevos movimientos, de algún modo, se enfrentan a viejos y nuevos problemas políticos, especialmente con relación al Estado y su necesaria autonomía. La tensión más recurrente es trabajar con el Estado o en contra del Estado, disyuntiva real pero que muchas veces divide y entrapa a los movimientos sociales. En más de una etapa, esta tensión dio origen a la disyuntiva entre reforma o revolución, dilema más de una vez sesgado en el sentido de su carga ideológica y de su débil consideración de las “relaciones de fuerza” que se verifican en las luchas políticas. En rigor, parece más relevante preservar y proteger las metas estratégicas de los movimientos lo que les puede permitir moverse con mayor flexibilidad táctica. Lo estratégico de los movimientos tendrá, la mayor parte de las veces que ver con la capacidad de modificar las *relaciones sociales de poder preexistentes* así como las representaciones culturales en que ellas se fundan. Los movimientos sociales, en este sentido, enfrentan permanentemente desafíos pedagógicos de primera importancia, que los conecta con la memoria y las tradiciones de la Educación Popular.

En el caso chileno, pesan las tradiciones históricas, sobre todo a propósito del papel y del lugar que ocuparon los partidos políticos en sus capacidades de representación social de la política. En efecto, al menos en el período que va desde 1930 hasta 1973, cuando el movimiento obrero constituía el principal movimiento social –aunque en realidad crecientemente en los sesenta, convivía con campesinos y pobladores- la tendencia fue la de la confluencia entre partido y movimiento, lo que representaba una forma de resolver la relación de lo social y lo político en la *forma partidaria*. Sin embargo, este modelo hizo visible sus límites ya durante la Unidad Popular, cuando había que resolver dilemas fundamentales en el proceso revolucionario que desencadenó la puesta en práctica del programa del gobierno popular y fue completamente desarticulado por la dictadura por medio de la represión a los partidos y el cierre del sistema político que anuló cualquier forma de representación de demandas y el ejercicio de la democracia. En las luchas en contra de la dictadura, los partidos, especialmente de la izquierda, buscaron recrear formas de representación y de “conducción” de las luchas, pero se comenzaron a hacer más visibles las grietas con los movimientos sociales que, en algunos casos, comenzaban a dar valor político a sus propias autonomías sociales y, en otros, a poner en duda la eficacia de las estrategias partidarias encaminadas al derrocamiento de la dictadura. Finalmente, en la fase de transición a la democracia, en que se impusieron los partidos del centro político (la DC en alianza con los socialistas renovados) éstos tomaron distancia de lo social, ignorando u subordinando a los movimientos sociales que habían luchado en contra de la dictadura y

haciendo de la política un asunto propio del Estado, las instituciones y los “políticos profesionales”. En este nuevo contexto, la política, separada de la sociedad se fue vaciando de contenidos sociales e identificando su interés con el interés particular de los denominados *poderes de facto*: el empresariado, los militares y las iglesias. Los nuevos contenidos de la política, tendencialmente fueron los contenidos de los poderes de facto y débilmente, los contenidos de provenían de la sociedad y más en particular de los movimientos sociales. En el mediano plazo, esta forma política hizo visible diversas formas de corrupción, cuando las lógicas del mercado terminaron por invadir el Estado convirtiendo a muchos políticos profesionales en emprendedores de su propio bienestar y de un mayor estatus económico, en concomitancia con el interés de las empresas a la que podían prestar servicios, tanto específicos (tratamiento de leyes, acciones de lobby, etc.) como también de carácter general (la preservación del modelo neoliberal).

En los años 2000, la emergencia de nuevos movimientos sociales, en una primera fase, especialmente, los del pueblo mapuche y más tarde, de los estudiantes, comenzaron a modificar el cuadro político nacional, y plantear la necesidad de reformas sectoriales (por ejemplo, del sistema educativo nacional) o de la Constitución para reconfigurar un sistema político democrático, capaz de procesar los conflictos y las demandas de cambio de la sociedad. El Movimiento “No + AFP” ha sido emblemático, en su capacidad de movilizar a vastos sectores sociales y en sus dificultades para permear a la “clase política” y al actual “sistema institucional” francamente refractario al cambio que afecte los intereses y equilibrios macro económicos del modelo neoliberal.

En tiempos más recientes, el feminismo ganó en desarrollo y alcanzó visibilidad nacional mientras que los movimientos regionales y socioambientales han ido ocupando crecientemente la agenda social y política, en medio de diversos conflictos ambientales que recorren de norte a sur la geografía nacional, en particular la denominadas “zonas de sacrificio”.

Los cambios en la subjetividad ciudadana y la mayor visibilidad de los movimientos sociales han influido también para favorecer la emergencia de un nuevo referente político, el Frente Amplio. Resulta sin embargo, prematuro, predecir el desarrollo de este nuevo conglomerado, en el sentido de su efectiva capacidad para modificar los modos, pautas y conductas del actual sistema institucional y no terminar siendo parte de él, con tonalidades progresistas. Probablemente, la relación del Frente Amplio con los movimientos sociales sea un asunto clave para el desarrollo de alternativas políticas nacionales, sin desconocer, por cierto, los impulsos y los aprendizajes de autonomía que ha venido desarrollando los movimientos sociales.

Los nuevos movimientos sociales inevitablemente se han debido plantear muchos de los problemas históricos y contemporáneos con la política, ya sea buscando cambios en la legislación, en las políticas públicas, en la ampliación o preservación de derechos, pero

también en los modos de relación con el Estado, lo que permanentemente los interroga sobre los modos de concebir y hacer la política, así como sobre los *modos de construcción* de los propios movimientos. Estas son dos dimensiones del cambio cultural y del cambio político que no pueden caminar separadas, la crítica a la política tradicional en su formas cupulares, de arreglos entre las elite, tecnocráticas y distantes de la sociedad y la ciudadanía así como el valor las prácticas democráticas, afectivas, horizontales, de respeto a las diferencias, del *apañe* (como indican los jóvenes), que se deben promover en el desarrollo de los nuevos movimientos sociales.